

te con respecto á las industrias extranjeras, y aislando los intereses del país de los de toda la Europa. Escluyó, pues, con el *acta de navegacion* las mercancías de toda Europa, importadas de otra manera que en barcos ingleses, y todo otro pescado que el de la pesca inglesa: este fué un gran perjuicio para la Holanda, que se enriquecía con los trasportes. De esta manera fundó un sistema marítimo que usurpaba los derechos y amenazaba los intereses de las demás naciones, haciendo creer á la Inglaterra que le pertenecía dar leyes al mar (6). El interés comercial permanecía de esta manera asociado indisolublemente al poder del Estado; de aquí el cuidado que tuvo el gobierno inglés de encontrar salidas á la industria, remover todos los obstáculos, descubrir nuevos países y establecer colonias.

La grandeza marítima de la Inglaterra fué, pues, fundada por Cromwell, y como las revoluciones hacen surgir de repente grandes hombres, se vió á Blake, almirante á los cincuenta años, rivalizar con Tromp y Ruytel y purgar el mar de piratas. Monck, que le sucedió, empleando mayores buques con mayor artillería, aseguró la superioridad británica, y, como decía Cromwell, «despidió á sus pantanos á las ranas bátavas.» (7) Penn hizo la conquista de la Jamaica para humillar á la España. La guerra contra esta potencia se había declarado de repente, y acababa de interrumpir el comercio que comenzaba á prosperar; pero era muy popular, por ser hecha á una nación intolerante, superticiosa, al rey de la inquisición, por lo que no se dudaba que Cromwell venciese. Animado el protector con la protección del cielo, de que los vencedores no dejan nunca de alabarse, y con el apoyo del ejército; lisonjeado en su orgullo con los triunfos que le colmaban de alegría, se dedicó á vencer las costumbres de libertad arraigadas en la nación. Como el parlamento desconfiaba de su grandeza é intenciones, trataba de desacreditarle como traidor á la justicia y á la religión. Decía á Lud Cow: «Es cosa miserable servirse de un parlamento;» y otras veces: «Estas gentes no permanecerán tranquilas mientras los soldados no las saquen por las orejas.»

Viendo que la necesidad de una autoridad suprema era reconocida por todos, pensó tomarla para sí: de este modo volvería á la administración el vigor, á la política exterior la firmeza y al país

(6) Por el ministerio de Peel quedó abolida la ley de Cromwell, y proclamada la completa libertad de comercio.

(7) Sagredo, embajador de Venecia, que residía en Amsterdam durante las hostilidades, dice: que los holandeses reconocían haber sufrido una pérdida de mil ciento veinte y dos barcos, tanto de guerra como mercantes, y que los gastos de aquella guerra escedieron á los de su lucha de veinte años con la España. Atribuye su inferioridad á tres motivos: á que los buques ingleses eran más, sus cañones de cobre y de mayor calibre; y á que habiendo hecho al principio los ingleses muchas presas, las fuerzas navales de Holanda se habían disminuido.

sus costumbres, y juntamente tendría asegurada la libertad religiosa con impedir toda intervención legal, y la libertad civil con hacer que sólo un partido fuese el dominante. La necesidad era el derecho que se apoyaba. Solamente debía temerse que no le considerasen más que como un usurpador, que no se viese otra diferencia más que la de personas entre su gobierno y el de los Estuardos, y que los partidos, que él trataba de equilibrar colocándose en el centro, no se volviesen todos en contra suya. Mucho arte, pues, era necesario, y en tales casos suele ser buen consejero el miedo. Halaró á los anglicanos haciéndoles que temiesen el triunfo de los calvinistas; á los calvinistas les hizo temer la vuelta de los Estuardos y las exageraciones de los independientes; y á los independientes les hizo temer también persecuciones contrarias á la libertad de conciencia, de modo que á todos les pareció indispensable su apoyo.

Pero todavía faltaba el apoyo principal que era el ejército, establecido por el parlamento y que ahora debía servir para disolverle. Por lo mismo hizo que los soldados pidiesen sus sueldos atrasados, y que diesen á la cámara (reducida de 513 á 140 miembros, y envilecida con el nombre de *ramp* ó rabadilla) el consejo de disolverse y dejar el puesto á otros, que también tenían el derecho de gobernar. Irritóse el parlamento; pero Cromwell entró en el salón con un puñado de soldados: «Vamos, vamos, dijo, ya no pertenecéis al parlamento; el Señor os ha desechado.» Y prestando haber suplicado al Señor día y noche para que no le destinase á aquella misión, los arrojaba diciéndoles, al uno: «Tú eres un pícaro,» al otro: «tú un borracho; tú un libertino; tú un salteador de caminos,» después cuando hizo evacuar el salón, se metió las llaves en el bolsillo (20 de abril de 1653). De esta manera concluyó el largo parlamento. Después de haber existido ilegalmente, pereció por una ilegalidad, víctima de la misma fuerza que le había sostenido.

Después de haber roto las trabas que le oponían los hombres para no obedecer más que á la necesidad, ley de Dios, gobernó Cromwell con un despotismo militar, á la cabeza de un consejo de doce personas, número de los apóstoles. Le hizo nombrar ciento cuarenta y cuatro diputados, y en su calidad de capitán general de las fuerzas de la república, invitó á aquel simulacro de representación nacional á tomar parte en el gobierno. Eran personas vulgares, sin instrucción, desconocidos del país, pero dotados del don de la oración y de la predicación; no habían intrigado por la diputación, sino que habían sido elegidos por el mismo Dios, es decir, por el ejército, su órgano. Abandonaron sus nombres profanos para adoptar los de Sedecias, Habacuc, Josué, Zorobabel (8). Despreciados y

(8) Propúsose entonces entre otras cosas, reformar la ley del país. Consistía, decían, en estatutos poco conocidos

despreciables se vieron precisados al cabo de seis meses á ceder su autoridad al consejo militar.

**Constitucion de 1653.**—Este confió á Cromwell el gobierno vitalicio de la república de Inglaterra, bajo el nombre de *protector*. Tolerancia para todas las religiones, excepto para los episcopales y papistas; por lo demás, plenos poderes al nuevo jefe del Estado como en otro tiempo al rey, con solo la condición de tomar parecer de un consejo y convocar el parlamento cada tres años, lo menos por cinco meses. El protector no podía hacer leyes nuevas, derogar las antiguas sin el parecer del parlamento, ni rechazar las que había votado. Realizóse, pues, definitivamente el engrandecimiento de la Gran Bretaña con la reunion de los diputados de los tres países en un solo parlamento.

Cromwell era, pues, rey como los demás príncipes que le habían precedido; pero, en lugar de proclamar el derecho divino, consagraba la autoridad parlamentaria. En efecto, aunque sacando partido de los falsos terrores que sirven de pretexto al poder absoluto, no se atrevió á violar el principio revolucionario, ni á abolir el parlamento; y, aunque contrariado en cada nueva elección, se limitaba á hacerle cargos, amenazarle con los soldados, sin atreverse á reinar sin él. En suma, respetaba la libertad civil, pero la colocaba después de la libertad religiosa. De aquí procedían sus actos despóticos, y al mismo tiempo la constancia de la oposición, por la cual se encontraba siempre escaso de dinero en medio de tantas empresas. Fanáticos predicadores, y sobre todo los anabaptistas, trataban en el púlpito de las cuestiones debatidas en la cámara. El, que había atacado al episcopado para derribar á la monarquía, conocía que los que habían destruido el sacerdocio no sufrirían ninguna autoridad civil. Cromwell tenía aversión á las opiniones anárquicas; y en el discurso de apertura de 1654 esclainaba, quejándose de que la libertad política de conciencia sirviese de velo á los más funestos extravíos: «Aquellas abominaciones han llegado á tal grado, que el hacha ha atacado hasta las raíces del más sagrado ministerio, como una institución idólatra y anticristiana; y así como en otro tiempo un hombre, por reputación que tuviese, no podía predicar si no era sacerdote, en el día, por el exceso contrario, se pretende que el sacerdote destruya la vocación.»

Los extranjeros reconocieron á Cromwell: era generalmente respetado, y los poderosos le adulaban. Mazarino, que en secreto le calificaba de loco afortunado, decía en alta voz que era el genio del siglo, y le regalaba alfombras de los Gobelinos. Luis XIV se descubría al hablar con sus embaja-

é inaplicables, en decisiones de jueces tal vez ignorantes, á veces parciales, en colecciones de casos contradictorios, de usos particulares en diferentes distritos: se podía, decían, reducirlo todo á un tomo pequeño. Esto asustó á la libertad, tanto más cuanto que se les imputaba la intención de introducir la ley de Dios.

dores, y le ofrecía de regalo una espada. Cristina le admiraba por haber espulsado al parlamento; el rey de Portugal le trataba de hermano, y el de España le aconsejaba se hiciese coronar: la Polonia reclamaba su ayuda contra la Rusia, y el vaivoda de Transilvania contra los turcos; Génova le agradecía la seguridad que había dado al comercio, y Zurich le reclamaba como aliado, pues se había proclamado protector de los Estados protestantes, título que le aseguraba en todas partes amigos.

En el tratado que hizo con Luis XIV exigió que no añadiese ningún otro título al de rey de Francia, y le obligó á arrojar á los Estuardos en virtud de un acuerdo secreto; pero uniéndose á el contra la España, no conoció la grandeza rival á que caminaba la Francia, y rompió el equilibrio entre ella y el Austria. No conoció tampoco que la Holanda debía ser su aliada natural, y le hizo una guerra de envidia comercial, aunque seguida de una paz gloriosa, por la cual la obligó á no nombrar por estatuder á un príncipe de Orange. No se observa en sus actos el proyecto que se le ha supuesto de una alianza de los reyes protestantes contra los católicos (9), del Norte emancipado contra el Mediodía avasallado. Pero es cierto que aumentó la estension de su nación, que le aseguró el canal de la Mancha con la adquisición de Maryland y Dunkerque; que elevó á la marina al mayor grado de poder, poniéndola en estado de pretender la soberanía de los mares, y que pudo espresarse en estos términos: «Parece que el Señor ha dicho: Inglaterra, tú eres mi hija primogénita, mi predilecta entre las naciones. Nunca ha hecho otro tanto el Señor en la tierra por ningún pueblo. Ha añadido un nuevo eslabón á la cadena de oro de sus bendiciones, nos ha dado la paz con nuestros vecinos.»

No faltaron al protector las lisonjas de los literatos. Milton combatió los sentimientos generosos contenidos en el *Eikon basiliké*, al cual opuso el *Iconoclasta*, conjunto de innobles insultos contra un rey muerto, en el que saca sus blasfemias del mismo libro divino que inflamó su genio. Cuando Cromwell se apoderó de las galeras de España, el poeta Waller, que, después de haber sido desterrado por realista, había obtenido su perdón y vivía en la corte del protector, se dedicó á celebrar aquel triunfo: «Hace varios meses, decía, que nuestras fuerzas están en los mares bloqueando á la España.

(9) Burnet pretende que, si Cromwell hubiese aceptado la corona, habría establecido una grande institución á favor de la religión protestante; esto es, una especie de concilio para dirigir los intereses generales como la Sacra Congregación de Roma. La vigilancia estaría distribuida en cuatro divisiones: una que abrazase la Francia, Suiza y los valles del Piamonte; otra el Palatinado y los países calvinistas; la tercera Alemania y el Norte, y la última las colonias de las Indias: mantener correspondencia, vigilar por sus intereses y socorrerlos en sus necesidades, serian sus atribuciones.

Esta, que en su orgullo afectaba tener el imperio del mundo, permanece ahora encerrada en sus puertos por nuestros bajeles, y ve la púrpura de nuestro pabellon flotar sin rival en las azuladas olas del mar. Las naciones son pasajeras sobre el Oceano; sólo los ingleses tienen en él una permanencia fija; nuestras velas desafían y los vientos á la carrera pactan con las nubes. Nuestros abetos han echado sus raíces en el mar, y con toda seguridad nos paseamos sobre sus furiosas olas.» Terminaba manifestando el deseo de que se ofreciese la corona al protector.

Seria calumniar á la naturaleza humana creer que todos se envilecieron de esta manera. Cuando Cromwell despidió al parlamento, Bradshaw le dirigió estas palabras: «Os habeis engañado si habeis creído que el parlamento quedaba disuelto; no hay poder bajo del cielo que pueda disolverle más que el suyo mismo.» Ludlow decía al hijo del protector: «Detestaria hasta á mi padre si estuviese en el lugar del vuestro;» y amenazado por Cromwell con la prision, exclamaba: «Un juez de paz podría hacerme atar, porque está autorizado por la ley; pero vos, no;» y dió su dimision. Como se le dijese que se privaba de esta manera de ser útil, contestó: «Ayudar á la usurpacion de Cromwell es mal hecho; y yo no quiero hacer nada malo, por bien que pueda resultar de ello.»

Fundado el poder de Cromwell en la necesidad y en la penetracion profética, que, justificando sus actos con respecto á los independientes, correspondia perfectamente con el orgullo británico, tan positivo y á veces tan sublime, nunca se reconoció enteramente. Su locuacidad destruye la idea del fingimiento, que sugiere el tono místico y escritural con que se encubre, sirviéndose del nombre de una inspiracion de Dios para sofocar á la libertad y proclamar el poder de la espada. «Los que atribuyen, decía, al uno ó al otro la idea y el cumplimiento de las grandes cosas que el Señor ha operado entre nosotros, y que además pretenden que no es la revelacion del mismo Jesucristo sobre la que descansa el gobierno, hablan contra Dios, y caerán bajo su mano sin el socorro de un mediador. En su consecuencia, por mal que penseis y digais que fulano es astuto, político y pícaro, tened cuidado, os lo repito, con juzgar las revelaciones de Dios, creyendo examinar el resultado de las invenciones de los hombres.»

El temor de la anarquía fué siempre la excusa del despotismo. Para reprimir Cromwell á los realistas, dividió la Inglaterra en doce gobiernos militares á las órdenes de un mayor general que reunia la autoridad civil y militar, y dependia inmediatamente del protector. Se hizo proponer el título de rey; pero, habiendo conocido que la opinion pública lo rechazaba, contestó que su conciencia no le permitia aceptarlo; declarando, sin embargo, que su vocacion procedia de Dios, su nombramiento del pueblo, y que Dios sólo y el pueblo podian separarle del puesto supremo.

Nunca hubo un espionaje mayor que en tiempo de Cromwell: habiendo atacado y engañado con la imparcialidad de la tiranía á las dos facciones opuestas, no pudo fiarse de ninguna. En medio de tan grandes prosperidades y tantas lisonjas, tenia miedo de todo el mundo, de sus amigos, de los fanáticos y de los realistas. Usaba siempre una coraza, no observaba la misma hora en las ceremonias ni en los viajes, y todas las noches cambiaba de habitacion para dormir. Sin hermosura, buenos modales, ni educacion, incorrecto y confuso en su lenguaje, tuvo gran actividad, profundo conocimiento de los hombres y de los medios de hacerlos servir á sus ambiciosos proyectos, sin detenerse nunca por ningun sentimiento de honor ó de virtud. Sin riqueza y de baja cuna se apoderó de los tres reinos, y les impuso un yugo más pesado que el que acababan de sacudir. No tuvo la rapidez de Napoleón, pero avanzaba á pasos contados. El disimulo era su suprema ciencia (10); su único cuidado el afecto de las tropas. Tan pronto cruel como generoso, la superioridad de su razon no le permitió ser perseguidor, y en lugar de vengarse de sus rivales quiso dominarlos.

El sentimiento religioso le hizo tolerar las diferentes sectas. Acogió con benevolencia al cuáquero Fox, dejó tranquilos á los judíos; y aunque parecia concentrar toda su animadversion contra Roma, escribia á Mazarino que haria todo lo posible por obtener tambien tolerancia en favor de los católicos. Un fondo de religion fanática que le hacia cumplir con toda exactitud los actos de piedad, le distinguía de los demás revolucionarios. Predicaba, deploraba sus pecados y los ajenos; y habiendo caido enfermo, exclamaba: «Dios mio, si deseo la vida es para mostrar la gloria de tus obras. Señor, aunque no soy más que una miserable criatura, me comunico contigo por medio de tu gracia. Muchas personas me han estimado más de lo que valia; otros desean mi muerte: pero tú, Señor, tú fuiste siempre mi dueño. Continúa haciendo lo que te parezca mejor para ellos.»

**Muerte de Cromwell.**—Habiéndose agravado su enfermedad, preguntó á un capellan, «si el alma que ha obtenido una vez la gracia divina puede tener duda de su salvacion. Como se le contestase que no: Me he salvado, pues, replicó; pues sin duda la he obtenido alguna vez.» Despues exclamó: «Hijos míos, vivid como cristianos; os dejo por alimento el pacto con el Señor.» Murió el día aniversario de las victorias de Worcester y Dum-

(10) Waller, á quien ya hemos citado, refiere que admitido con frecuencia á íntima conversacion con el protector, se encontraban á veces interrumpidos por los jefes de partido, que iban á hacerle la corte. Cromwell los recibia de pié cerca de la puerta, y repetia: *El Señor se revelará... el Señor nos ayudará...* Dirigiéndose despues hácia el poeta: *Querido primo*, le decía, *es preciso hablar á esta gente en su jerga. Volvamos á lo que estábamos.*

bar (11), (3 setiembre de 1658), y «subió al cielo, escribia Thurloe, embalsamado con las lágrimas de su pueblo, y llevado en alas de las oraciones de los santos.»

Cuando una revolucion lo ha destruido todo, el que permanece firme parece grande. Este es el juicio que se formó de Cromwell porque fué fuerte y porque se le atribuyeron los méritos de la revolucion anterior, cuya gloria se adjudicó á aquel que habia alcanzado sus ventajas. Pero en realidad dejó las libertades aniquiladas, abatidos los animos, enormes contribuciones, un ejército desproporcionado, y la costumbre de obedecer. Habia realizado en sí la idea de la independencia individual y la de la independencia nacional en el gobierno, como la predicaban los independientes: pero su obra no podia sobrevivirle. Un dominio fundado sobre el entusiasmo y el don de inspiracion y profecia no pasa á un sucesor. Añádase á esto que su familia estaba menos contenta que asustada de su repentina elevacion, y que no era posible á un pueblo pensador y comerciante mantenerse en aquel grado de exaltacion lírica en un siglo político y positivo.

**Ricardo Cromwell.**—El consejo de Estado nombró por sucesor de Cromwell á su hijo Ricardo, con todas las ceremonias de costumbre en los herederos de los reyes, y hasta con las mismas bajas adulaciones. El sol habia desaparecido, pero la noche no le sucedia. Despues de Moisés que habia libertado, se presentaba Josué, que conduciria al pueblo á la tierra prometida de la verdad. Ricardo era un hombre retraido, sin esperiencia de los negocios ni valor guerrero. Demasiado justo y moderado, quiso hacerse popular y se hizo despreciar: en su consecuencia los soldados se apoderaron del gobierno, y le hicieron abdicar (12). Dueños entonces, reunieron los restos del largo parlamento; pero apenas conocieron en él una tendencia al

mando, cuando en lugar de obedecerle le dispersaron. Jorge Monk, gobernador de Escocia, adoptó su partido. Despues de haber sido partidario de Carlos I, habia servido á las órdenes de Cromwell, conservando siempre su dignidad, sin adular ni buscar grados, ocupándose únicamente en su servicio de mantener la subordinacion. Así era que todos creian pertenecia á sus filas. Pensó entonces, aunque con esterioridades republicanas, en restablecer á los Estuardos; pero no dijo nada á nadie, y menos á Carlos II, pues aun era mayor el espionaje en el extranjero que en el reino. Carlos II se habia refugiado en Francia, donde el talento que manifestó y sus novelescas aventuras escitaron el interés, y le hicieron concebir esperanzas. Le era preciso, sin embargo, sostener á muchos de sus partidarios, y no tenia otros recursos que las seis mil libras de pension que le habia asignado el rey de Francia. No por eso queria dejar de conservar las apariencias de una corte, entregarse á los placeres y amores públicos, indignos de su clase. Católicos y presbiterianos trataron de convertirle; prometió á unos y á otros, y concluyó por despreciar toda creencia religiosa.

Sin embargo, entró Monk en Inglaterra (1660) con el título de defensor de las antiguas libertades. Bien acogido en su camino, llegó á Londres; nombrado despues general en jefe, abolió el decreto que desterraba á los Estuardos, y convocó un parlamento que escitado por los puritanos, restableció el calvinismo. Le remitió una declaracion del rey en la que prodigaba las promesas, y votóse su vuelta (29 de mayo). Fué recibido Carlos II en sus Estados con inmensa alegría é impaciencia, despues de lo que habian visto de la tiranía de la república. Escoltado por las tropas que habian acompañado á su padre al cadalso: *¿Dónde están mis enemigos?* preguntó; *veo que ha sido nuestra la culpa de no haber venido antes.*

(11) Su agonía ha sido descrita por su paje Underwoodson.

(12) De los dos hijos de Cromwell, Enrique se retiró á sus Estados, donde un día hospedó á Carlos II que fué á visitarle. Ricardo anduvo errante, y habiendo vuelto algun

tiempo despues vivió hasta los ochenta y seis años (1712); solia enseñar dos grandes cajas de augurios que recibió en el breve tiempo de su protectorado, y se reía al leer algun trozo de aquella única reliquia de un poder que no deseó jamás.